¿ESTAMOS PREPARADOS PARA EL PROGRESO?

Desconcertante, pero siempre rica tarea, es la de reunir algunas de las muchas y dispersas imágenes que Hispanoamérica proyecta sobre el mundo. Para los que estamos a bordo de este continente —por un desconocido decreto del destino—, sujetos, inmersos y cómplices de su historia, esas imágenes son siempre vivaz ejercicio de autoconocimiento. Es la Hispanoamérica tal como se la ve. No como nuestra insularidad, ilusión regional o demonismo rebelde la cree sentir. Imágenes, ciertas o no, siempre útiles, pues se las puede oponer a la rutina, el prejuicio o el estrecho localismo cultural que lucen las soñolientas administraciones nacionales.

Desde su descubrimiento el continente ha producido muchas versiones, la captura de ellas ha sido una alerta tarea de la inteligencia americana. Al viajero de mirada límpida y original se le ha solicitado, como a un bíblico Adán, el don de dar nombre a las cosas porque vive en la extrañeza del descubrimiento permanente. Es notable, por ello, la unción con que mexicanos, chilenos o argentinos recogen en espléndidos volúmenes las colecciones de los viajeros que los visitaron durante siglos.

Para reconstruir, pues, cada cierto tiempo nuestra propia imagen son necesarios estos testimonios foráneos a los que no ha alterado la comunión con las cosas con las que vive el americano, inmerso en una geografía que lo ahoga.

Por eso aquí, llanamente, vamos a pasar revista a algunas de las últimas versiones europeas sobre el futuro social de este continente.

La nueva imagen de América en Europa parece ser la imagen de la decepción o el pesimismo.

Lima, jueves 30 de noviembre de 1961.

El venezolano Mariano Picón Salas ha sintetizado este oscilamiento del destino americano, situándolo «entre la esperanza y la frustración». ¿Cuáles son estos signos de frustración? La base esencial de los planes económicos de desarrollo para América está constituida por los préstamos hechos a las administraciones nacionales y a sus burguesías nativas. Para Raimond Barre esto no es suficiente. Incluso es peligroso e inútil. El capital, dice, no se importa. No es sólo una forma económica, sino «una forma tradicional de pensamiento y acción» que, claro está, no existe ni ha existido en América. Surge aquí una clásica comparación entre la sociedad americana del sur, latina, católica, agraria, y la del norte, comercial, industrial, protestante.

La falta de espíritu de incentivo económico, de afán por el lucro y la ganancia, que es en los estados sajones una herencia del protestantismo, no existe en América. Dice Barre: «el capital transferido de un medio a otro debe ser readaptado, reformado en nuevos tipos de comportamiento». Se precisan nuevas aptitudes para la acción y la responsabilidad en un continente construido, como el nuestro, sobre lazos tribales o sobre la pereza y la dulzura de las sociedades arcaicas. A la carencia de ese espíritu moderno, receptor, atribuye el sociólogo francés el fracaso de los planes de ayuda económica. Faltan, dice, «hombres competentes en un medio poco receptivo a la innovación y al progreso».

Semejante a Raimond Barre es el pensamiento de François Perroux. Para éste el verdadero problema radica en la creación de tipos económicos y sociales de una sociedad moderna: consumidores, trabajadores y empresarios dinámicos.

La nueva sociología pesimista sobre el destino de América acentúa la crítica sobre el problema del hombre en este continente, sobre sus posibilidades de ser y crear.

Las dificultades de una estrategia económica a gran escala para el continente subdesarrollado de América radican, según Gaetán Picón, en que el salto al industrialismo, a la edad de la máquina, se hizo en los países occidentales poco a poco.

Es una diferencia de ritmo, de tiempo y de metas entre los países «campos» que reciben la ayuda y los donantes más desarrollados que realizaron ese camino con menos problemas sociales y con más *tempo* histórico.

En algunos lugares del mundo —observan— el incremento de la producción y de la productividad ha aventajado al desarrollo demográfico. Esto ha sucedido en América del Norte, Australia y Nueva Zelandia. En cambio en el oriente asiático, el desarrollo demográfico ha aventajado mucho a la producción. Probablemente esto suceda en breve tiempo también en América. El problema del mundo subdesarrollado, incluso el de América, es su extrema dificultad para adaptarse a la vida moderna. Son los frenos atávicos al cambio, las diferencias abismales de clases, la yuxtaposición en un solo territorio de distintas edades históricas y, sobre todo, el papel menguado que los grupos dirigentes criollos han jugado en la adaptación de los inmensos territorios sujetos a su poder a la vida moderna. Hoy existe lo que llaman los observadores el punto frágil.

Esto es: imponer rápidamente una transformación análoga a lo que otros países han requerido por siglos para arrancar a sus poblaciones de la dulce paz de las viejas tradiciones *y creencias.*

Estas predicciones de severo rigor, carentes de un falso y suicida optimismo son por cierto distintas a las acostumbradas versiones oficiales sobre el inmediato progreso de América o a las interesadas predicciones de catástrofes que oscurecen la esperanza en una América original, con nuevas soluciones a los problemas del subdesarrollo.